

Carnet Sentimental de un Melómano

ENERO

Una calle desemboca en otra calle. Un camino, en otro camino. Un brazo, en otro brazo. Un corazón, en otro corazón. Una vida, en otra vida. Ahora mismo todas las sillas están ocupadas y todos los refugios cerrados. Cada estrella está engarzada a su órbita y cada flor envía saludos de brisa a las hijas de los jardines. El mundo es circular y todos los anhelos se encuentran a su paso por vértices efusivos.

Solamente yo—hombre solo— conozco la desolación de esta noche alargada, estirada, aumentada por tensores de frío. No tengo más dirección que la dirección—libre—del viento, ni más lámpara de hogar que las estrellas—altas,—ni más amor que el amor amargo de los corazones de los perros vagabundos. Solo. Solo. Rodeado de espaldas, de paredes interminables, de sombras frías con cuyos bloques tendremos que hacer un refugio contra la intemperie.

¿Dónde ir ahora—precisamente,—ahora, que toda la gente va hacia algún destino? Hace tiempo yo fui sacristán en una iglesia derruida, y me acuerdo que enseñaba a los ángeles a hacer escalas en un órgano descompuesto. Un día nevó mucho, y los ángeles—mis discípulos,—que eran blancos y delicados, se deshicieron en copos, se convirtieron en nieve, desaparecieron. Entonces comenzó mi soledad. Se hundió la iglesia. Se rompió el órgano. Y mi único camino, que era la música, se cerró bajo un derrumbamiento de horizontes. Desde ese día, soy el hombre que anda por las intemperies desoladas del mundo, con un eco, ya casi apagado, de músicas y de voces de ángeles. ¡Y hoy hace una noche tan cortada, tan agrietada de aires, tan espesa de obstáculos de sombras!...

¡La música!

Tal vez aunque estamos solos en el mundo y hace una noche fría, y la gente se ama, se conoce, se busca, tal vez podríamos entrar en un concierto Tal vez. Un momento. Una hora. ¿Por qué no recordar nuestra vida de sacristán, cuando dábamos lección a los ángeles y no sabíamos qué hora marcaban los relojes ni qué día señalaban los calendarios?

Justamente. Entraremos. Aquí. ¿Tocan? Aquí mismo. Entraremos.

FEBRERO

Mi butaca no tiene prolongaciones. Sus límites terminan en mis propios límites, en mis propios brazos. Un milímetro más allá—a un lado y a otro—otras vidas, otros círculos que yo no conozco. Pero la sala extiende sus brazos de paredes nos recoge, nos ampara, nos abraza a todos. A mí también. Y estoy gozoso de ello, aunque mi butaca no tenga prolongaciones afectivas y aunque yo no tenga un rostro amigo sobre quien apoyar una sonrisa.

¡Pero esta música me irrealiza de un modo tan extraordinario! Esta sonata de César Franck me ha cercado, me ha acosado, me ha envuelto. No he tenido más remedio que rendirme. No hay música que tenga más orgía de divinidad. Ahora mismo yo no sé si estoy en un teatro, en una hora determinada del mundo, en medio de gentes a quienes sus criados están haciendo la cena. He perdido todos los apoyos de las nivelaciones, y estoy transfigurado, divinizado. Me pare-

ce que mis ángeles han vuelto a salir de los bloques de nieve en deshielo, y que están otra vez sobre el teclado del órgano, improvisando acordes con una bulliciosa alegría de chiquillos.

MARZO

Hemos escuchado una sinfonía de Haydn. La gente ha aplaudido, entusiasmada. Pero yo me he quedado triste. Acaso parezca raro, después de una música tan fina, tan clara, tan risueña. Pero es que en un momento—en un solo momento—he visto algo en ella de doméstico, de burgués. Comprendo que aplauda toda esta gente que dentro de una hora cenará la comida de que han preparado sus criados y que dentro de dos horas dormirá tranquilamente junto al botón del timbre. Pero yo he de pagar mi sueño en cualquier mancebia, y tengo la intranquilidad del hombre que al salir de aquí no sabe qué dirección tomar, porque todas son suyas, y ninguna, en cambio, le lleva hacia un destino determinado.

En medio de esta música, tan diluida y feliz, yo he sentido la necesidad de llevar mi mirada hacia unos ojos claros, donde se transparentase toda la felicidad burguesa de la música. Los encontré. Nos encontramos en ese azar de caminos ideales que tiene la música, en donde no se sabe si se mira para ver y desprenderse de la abstracción, o se mira, en cambio, para no ver y sumirse más en ella.

ABRIL

Antes que la música, hoy he buscado su mirada. Ayer mismo, hace unos minutos, unos instantes incluso, ya era el hombre más desolado, más desorientado, más hundido y pobre de la tierra. No tenía nada que me perteneciese: ni un segundo de felicidad, ni un destello de porvenir, ni techo donde resguardarme, ni una baldosa donde pisar, ni un oído amistoso que escuchara mi voz.

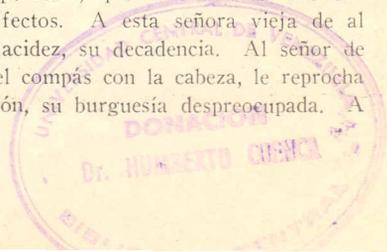
Pero ahora ya tengo algo: una mirada.

Por lo demás, este cuarteto de Schubert me alegra, me encanta, me hace ligero, expansivo, y pienso en la verde jocosidad de la primavera, con un sol bullicioso, firme, por donde uno pueda andar siguiendo la ruta de una mirada. Posiblemente de esta mirada. De esta única cosa que poseo en el mundo y que quiero retenerla bien, sujetarla, clavarla, para que no se diluya como esa frase musical que se olvida, que reaparecer de pronto, que vuelve a olvidarse...

MAYO

Mozart. Hoy me ha parecido que mis ángeles eran ya mayores; que sabían mucha música, y que eran ellos los que tocaban. Esta sinfonía es la perfección. No se puede llegar a más altura, porque no hay más espacio. No se puede alcanzar más extensión, porque no hay más límites. Esta música bordea lo inverosímil—la curva exacta,—como el acrobata del trapecio.

Es tan rotunda, tan perfecta, que dice a cada uno sus faltas, sus huecos, sus defectos. A esta señora vieja de al lado le echa en cara su flacidez, su decadencia. Al señor de la primera fila, que lleva el compás con la cabeza, le reprocha su acomodación, su situación, su burguesía despreocupada. A



la señorita que tengo a mi derecha le contradice su frivolidad, su falta de devociones, de elevaciones. Y a mí—antiguo sa-cristán—me echa en cara mi vida estúpida, desolada, sin ob-jeto, sin justificación.

Pero yo quisiera saber ahora qué imperfecciones acusa en Ella esta música. Porque yo la veo tan perfecta, tan justa, a través de esa mirada suya—que yo tengo guardada con la avaricia del pobre que posee una moneda de oro,—que me parece que esa mujer y esa música son las dos únicas mara-villas del mundo.

JUNIO

Bien. Es el amor. Me parece que es el amor. Durante todo el concierto he buscado una música para arrullar mi amor. Sin embargo, este violinista no ha sido generoso. Hacía jue-gos, caprichos, alardes. Defendía su reputación. Hoy me ha parecido la música inútil, fría, insoportable. Necesitaba mi ardor una música más ardorosa y más pasiones necesita-ban una mayor sinceridad.

Pero ella es adorable, y está cada vez más cerca de mí. Estoy solo, en mi butaca aislada. Estoy solo en medio de la vida social de los demás. Sigo desgajado, desarticulado, ven-cido. Continúo sin disciplina, sin norma, sin voluntad, sin potencia. Aún vivo al calor de los reflejos de luna en los charcos de la calle y sigo teniendo el afecto de los corazones de los perros vagabundos. Pero ahora tengo un amor. Pero ahora tengo un imaginado camino que no sé hacia qué hori-zonte va. Sólo sé que ensancha mi vida, que la transforma-ma, que la cambia.

JULIO

Strawisky. ¡Qué horror! ¡Qué horror! Este hombre es un loco, un bárbaro. Esto no es música. ¡Basta! ¡Basta! Esta es la música más espantosa que yo he oído en mi vida. Es una música cruel, dura, inhumana. Es un anuncio de ca-tástrofe, de decadencia. Esta es una música que desnuda a la gente, que la mecaniza, que la endurece. Es una música perversa, antisocial. ¡Deben perseguirla, prohibirla!

¡Y yo, que necesito, al contrario, una música calurosa, afectiva, blanda, humana, que me aproxime a la gente, que me haga más dulce la vida y que, sobre todo, arrulle el celo de este encantado amor...

AGOSTO

Ahora es verano. El calor ha destemplado todos los ins-trumentos; los músicos duermen largas siestas de cigarra, y los locales de concierto tienen las puertas cerradas con llaves de melodías. Yo—en mi banco de vagabundo—año-ro destem-planzas de invierno, músicas, refugios de sala, y su presen-cia—amor—huída hacia desconocidas latitudes.

Pero todas las noches le escribo cartas sobre el papel de reflejos que la luna hace sobre los jardines: "Adorable ma-jer: te amo tanto que quisiera enviarte un collar hecho con las teclas de un piano roto. Acabo de cobrar un cheque tan fantástico, que ha quedado el Banco arruinado. Salgo a dar la vuelta al mundo. Te espero en Otoño para encargar al herrero nuestro anillo de bodas..."

SEPTIEMBRE

"Adorable mujer: Como mis criados se negaban a echar mis cartas en el buzón del pico de las palomas mensajeras, he decidido despedir a mis criados, vender todas mis fincas, regalar todos mis palacios, repartir todo mi dinero. Sólo me

he quedado con tu retrato, impresionado bellamente en celu-loide de imaginación. Vivo en un banco de un paseo público y te espero. Supongo que llegarás el primer día que llueva y se desafinen tus nervios. Mientras, yo veo pasar la gente, los automóviles, los coches. Tengo todas las ventanas abier-tas, para que el humo de la pipa no estropee la techumbre del cielo.

Por lo demás, mujer adorable, no puedo vivir sin tí y sin la música. He escrito una carta a todos los músicos, pa-rra que se afilen pronto los dedos. Deseo que vuelva el frío, aunque no me gusta que haya gentes que duerman en la in-temperie ni perros vagabundos por las calles. Te espero. Hay unas nubes en el horizonte que traen lluvia".

OCTUBRE

El primer concierto. Chopin. Yo tengo a mi izquierda a un señor negociante que lee telegramas, y a mi derecha un crítico que anota palabras en su carnet. Ella ha vuelto más adorable que nunca. Está frente a mí, sonriente, bella. Yo miro a los lados. Es horrible. Estoy entre dos bloques, entre dos paredes, entre dos hombres insensibles y bárbaros a quienes no importa la música. Me pongo nervioso, inquieto.

Es horrible. ¡Porque la música de Chopin me acerca tanto a Ella!... Sin embargo, tengo que resistir la estrechez, la dureza de estos dos hombres que me han cercado. Toda esta música me trae evasivos anhelos. Creo que es hoy—en este instante—cuando empiezo a sentir impresión ante la nece-sidad de prolongar sentimentalmente mi butaca.

NOVIEMBRE

Otra vez Chopin. Para un solitario, para un hombre sentimental que ama a una mujer adorable, esta música es irresistible. Si hoy hubiesen tocado alguna cosa moderna y estúpida tal vez mi amor se hubiese roto, mi vida hubiese con-tinuado fracasada y mi porvenir seguiría oscuro. Pero el azar ha estado en mi favor: Chopin es irresistible.

Necesitaba estar a su lado: "Mujer adorable. Aquí, a mi derecha. Aquí hay un espacio donde se prolonga mi brazo, mi reflejo, mi corazón, mi vida. Escuchemos así, juntos..."

DICIEMBRE

Ella está a mi lado, y la orquesta toca música de Beetho-ven. Esta sí que es una música grandiosa. Esta sí que es una música cordial—humana,—que une a las gentes y las ha-ce amarse.

Yo tengo apretada su mano y miró en sus ojos cómo se reflejan las emociones. ¡Nos amamos! La música nos en-grandece, nos espiritualiza, nos hace puros y buenos. ¡Nos amamos! Esta música hace que nuestros corazones tengan el mismo pulso y que nuestros sueños duerman bajo el mismo calor. ¡Nos amamos! Esta música llena de oro nuestra po-breza, llena de alegría nuestra vida y llena de heroísmo nues-tra timidez. ¡Nos amamos!

Y hoy—esta noche—se ha hecho de día en todos los ca-minos. Yo soy un hombre nuevo, un hombre que acaba de nacer, un hombre sin soledad, sin tristeza. Y por primera vez, olvido las sombras, las estrellas, las intemperies, el co-razón de los perros vagabundos y empiezo a caminar,—direc-tamente—hacia un porvenir.

Por la transcripción.

César M. ARCONADA.